

Arrow Creek

Jorge Tinguaro Tejera Alvarado



Capítulo 1

Alguien dijo una vez que la única patria que tiene una persona es su infancia. Lo leí hace ya once años, pero ahora cobra sentido. Es curioso cómo cambian y se transforman las cosas, dependiendo del periodo en el que se encuentre tu existencia. Nunca he sido de mantras, dogmas o frases hechas que quieran guiarte hasta una supuesta verdad absoluta. No obstante, tengo otra frase que me ayuda a empezar la breve historia que quiero contar. «La historia es un hilo que teje el tiempo, un hilo muy grande repleto de nudos». Supongo que este es uno de los míos.

Parte I

Por cierto, mi nombre es Hieronymous Maynard, pero todos me llaman Harry. A mi padre le debo mi devoción por la lectura, un entendimiento amplio y no deseado sobre todo tipo de maderas y esta putada de nombre que me acompañará hasta que estire la pata. Devoró las dos primeras novelas de Michael Connelly sobre el detective Hieronymous Bosch y justo nació yo. No fue mala leche, sus intenciones eran buenas y mi madre lo solucionó, en parte, con lo de Harry, así que algo es algo. Bueno, como dije, intentaré ser breve, directo y nada trascendental. Al fin y al cabo, es una historia más, independientemente de su naturaleza.

Mataron a mi padre cuando yo tenía catorce años. Fue de manera accidental. Lo sé porque escribo esto sobre ruedas. No las de un Shelby GT 500, ya me gustaría, sino las de mi silla. Sí, estaba allí con él cuando sucedió y me tocó salir airoso. Sonará fuerte, lo entiendo, pero a partir de ese día mi vida cambió a mejor. Aunque, eso sí, de manera gradual. No diré que presentía lo que ocurriría ese día, ni que estábamos destinados a eso o cualquier otra chorrada que se dice la gente así misma para auto-compadecerse. Pasó porque pasó y punto; es la vida y no hay más.

Arrow Creek, Misuri. No tengo mucho que decir sobre el pueblo donde nació y me crié, solo que tenía su encanto rural, el programa de baloncesto del instituto a muy bueno y los accesos para sillas de ruedas en todo el pueblo estaban a estrenar un mes antes de mi accidente. Hasta ahí mi paupérrima valoración. Lo demás América profunda en el más amplio sentido de la expresión.

Pero, afortunadamente, mi casa era una isla en medio del océano que era aquel pueblo. Mis padres eran cultos, con ideas e ideales progresistas. Mi padre era un consumado carpintero de tercera generación, oriundo de Pensilvania y mi madre era profesora de primaria de Nueva Jersey, aunque llevaba diez años sin ejercer por haberlos dedicado en cuerpo y alma a la escritura y a la casa. Llegaron al pueblo un año antes de yo nacer, empujados por la gran industria maderera que dominaba la zona. Se notaba que no eran de allí y, aunque ya llevaban tiempo en Arrow

Creek, seguían siendo los raros, algo que no les preocupaba en absoluto.

Dentro de las paredes de mi casa podías escuchar un día a Jimi Hendrix y otro a Verdi, podías leer tanto a Tolstoi como a Bukowski mientras escuchabas una discusión sobre las corrientes revolucionarias en Latinoamérica antes de la operación Condor. En ese momento yo no era consciente de la suerte que tenía, solo pensaba en cómo ser el base titular del equipo de mi instituto y en hacer que mi mejor y único amigo, Glenn, convenciera a su prima, tres años mayor, para que nos enseñara las tetas. Vaya genio, ¿no creen?

Aquella mañana de diciembre, como todos los años, mi padre me arrastró a talar un pequeño árbol para decorar en casa. No creían en la Navidad, pero les encantaba dejarse llevar por su simbología, algo que en ese entonces me parecía muy hipócrita.

—Podrías al menos alegrar esa cara —me dijo mientras desviaba la vista al asiento del copiloto—. Sabías que te iba a tocar como todos los años. Ya hemos hablado de aprender a gestionar las frustraciones.

—No es frustración lo que tengo, papá —contesté sin quitar la vista del frente—. Sabía que tendría que acompañarte, pero no tiene sentido joder...

—¡Esa boca!

—Lo que no entiendo es por qué si somos ateos...

—Agnósticos —corrigió.

—Lo que sea. ¿Cuál es la razón de ir a buscar un estúpido árbol? Sin hablar de tener que talarlo, transportarlo y, lo más desesperante de todo, decorarlo. Se pudrirá como siempre y luego a tirarlo a la basura.

—La importancia de esto no radica en la Navidad ni en el árbol, podemos hacer algo juntos, en familia. Es el proceso de esforzarse juntos y adaptarnos a la comunidad a nuestra manera. —Apagó la radio para continuar—. Tenemos nuestros ideales y valores presentes, pero no somos radicales.

—Muy bien —vacilé—, pues prepararé un versículo bíblico para amenizar la cena de Nochebuena y me empolvaré los huevos con polvos de talco. Quizá encuentre al señor y el próximo año vendré a buscar el árbol con regocijo en mi corazón.

—Te crees muy listillo, ¿verdad?

Mi padre paró el coche y me miró fijamente como cinco segundos antes de soltar una carcajada que encauzó y eliminó la frágil tensión. Ese era mi padre; lo adoraba y no lo sabía. Problemas de ignorante adolescente o, al menos, eso me repito desde entonces para no sentirme culpable por lo idiota que era.

Estábamos a unos diez kilómetros de nuestra calle, no había casas cerca y, al ser tan temprano, no se veía ni un alma. Podías encontrar todos los árboles que quisieras pero, por alguna extraña obsesión, mi padre creía que si no llegábamos temprano no quedaría ninguno. El traqueteo del coche al coger el pequeño tramo de tierra sirvió para calentarme. Caminamos unos cien metros hasta que vio el que le gustaba, cosa que agradecí, ya que los años anteriores perdíamos toda la mañana en ello.

—Harry, hoy estás de suerte. Este va a quedar perfecto en el salón —dijo extendiendo la mano para pedirme la sierra—. Si tu madre pregunta no cogimos el primero que vimos. ¿De acuerdo?

—Con tal de terminar con esto rápido —respondí.

—¡Ja! Recuerda que te esperan las bolitas y las estrellitas al llegar a...

Fue un zumbido tenso, como cuando un mosquito revolotea por tu oreja en la cama, pero ampliado por cien. Clavó sus ojos en los míos con una mirada tan aterradora que aún me despierta por las noches. Solo tardé una milésima de segundo en darme cuenta de la situación, en ver el agujero en su pecho y la sangre saliéndole por la boca. El instinto solo me permitió dar un paso de los tres que me separaban de él antes de que otro zumbido explotara en mi zona lumbar. Es irónico, ahora que lo pienso, porque lo menos que deseaba aquella jodida mañana glaciarse era caminar. Y en ese instante, mientras me intentaba arrastrar hacia el cuerpo ya inerte de mi padre, me hubiera dejado arrancar los ojos para poder ponerme de pie y llegar hasta él.

Parte II

Los Packers le ganaban a los Bengals aquella tarde cuando mi madre entró en casa. Hacía un año que había vuelto a dar clases, casi un mes después del incidente. Debo decir que la ayudó mucho mi rápida adaptación a la vida sobre ruedas. Nuestra actitud fue siempre positiva; aunque estábamos destruidos por dentro, creamos un caparazón conjunto en el que llorábamos, nos gritábamos y sufríamos para luego poder salir y continuar con nuestras vidas.

Yo lo llevé todo lo bien que podría alguien que jamás volverá a caminar. No diré que soy la hostia y, menos aún, que no sentí un pánico y un miedo acojonante cuando me enteré de que mi vida daba ese giro para siempre; aunque también es cierto que, al mes, entre llanto y llanto, me

ponía a imitar a Stephen Hawking para animar a mi madre y hacer el payaso con Glenn.

—¿Estás listo?

—Un momento, mamá, estamos en el ultimo cuarto y tenemos posesión para sentenciar.

—No sé qué significa eso —dijo mientras estiraba el cuello para calmar una contractura—, pero tienes los diez minutos que tardo en descargar el bolso para estar listo. Supongo que el señor Burnett también estará viendo el partido.

—No lo creo, odia a los Packers. Es fanático de los Chiefs, como buen paleta de Misuri.

—¿En serio?

—Ya lo creo, es de los Chiefs.

—¡No digo eso! Ni siquiera sé qué es Chiefs, me refiero a que tengas más respeto por él.

—¡Ah! No, tranquila, él también me insulta. Así nos entendemos.

—Vale, no quiero saberlo —dijo mientras se dirigía a su cuarto—. ¡Diez minutos!

Mi madre, dos meses atrás, había tenido la brillante idea de apuntarme a un programa de acompañamiento y ayuda para las personas mayores que habitaban solas en el pueblo. Para ser sincero, no me hizo ninguna gracia cuando me lo dijo. Mis tardes las ocupaba leyendo, viendo series y con los estúpidos ejercicios de rehabilitación. No me atraía la idea de pasar tres de esas tardes y un sábado al mes acompañando a algún miembro de la tercera edad con mala leche.

Empecé con suerte, ya que solo estuve cuatro días acompañando a la señora Kimball antes de que su hija apareciera para vivir con ella. Sin embargo, cuando creía que se había acabado ese coñazo, mi madre me obsequió con un señor que ni siquiera había pedido la asistencia.

«¡No necesito a nadie! Y menos a un mocoso lisiado».

Esas fueron las primeras palabras que me dedicó cuando mi madre me ayudaba a salir del coche frente a su casa. Así de agradable era el señor Burnett. Solo accedió a recibirme y a entrar en el programa porque una concejala del ayuntamiento le aseguró un cheque por colaborar a que, a su vez, la administración recibiera una cuantiosa subvención. Nuca me

dijo su edad, pero, siendo veterano de Vietnam, calculé que estaba por encima de los ochenta. Se había ganado a pulso la fama de hurraño y cascarrabias, os podéis imaginar por qué. Se rumoreaba que antes vivía solo con su único hijo y que, desde hacía un tiempo, no se le había vuelto a ver el pelo. También se oía que este era un chaval normal hasta que un día se le fue la pinza y agredió a varias personas sin mediar palabra. Desde entonces se recluyó con su padre y se convirtieron en un misterio para todos.

Desde el primer día no hubo caretas ni carcasas entre los dos; él no quería a nadie en su casa y yo, aparte del sentimiento recíproco, no iba a permitir que me gritara, insultara o cualquier otra vejación se le ocurriera. Teníamos en común el carácter, tan directo como un jab del Canelo Álvarez, y tan sincero como una sobredosis del suero de la verdad. Y quedó demostrado una vez sentí el portazo a mi espalda y sucedió la primera interacción.

—No toques nada y no me molestes —soltó rígido—. E intenta no moverte mucho con esa maldita silla aquí dentro. No quiero que ensucies la moqueta.

—¿Alguna otra cosa? ¿Respirar es viable?

—¡Así que un tullido malcriado? Si por mi fuera ni eso. Para lo que aportáis a la sociedad los de tu generación, deberíais pagar hasta por respirar.

—Claro, a lo mejor cree que me he querido saltar una cola enorme porque ardía en deseos de pasar mi puto tiempo con un viejo amargado.

—¡Qué has dicho?

—Lo que ha oído. Y no crea que porque tengo dieciséis años y voy en silla de ruedas soy un puritano calladito que va a amedrentarse sin responder todo lo que salga por su boca que, por cierto, veo que la tiene muy sucia. Así que siga su vida y haga como si no existiera; yo haré lo mismo y quizá con suerte esta mierda pase rápido para ambos. Al final tendrá su cheque y yo la sabiduría de no volver a dejarme mangonear por mi madre.

Mientras le soltaba todo eso me miraba con una extraña mezcla de sorpresa y enfurecimiento. No tenía claro si, para cuando terminara, me tirarían de la silla o me darían una ovación. Finalicé mi alegato con seguridad y altanería esperando cualquier reacción, cualquier respuesta desagradable que, con las defensas ya activadas, respondería con firmeza y sin la menor intención de quedar por debajo o perder. Por eso fue tan grande mi sorpresa al oír la respuesta del señor Burnett. Creo que en mis veintinueve años de vida jamás se me habían tumbado las expectativas como en aquel preciso instante. Después de unos cinco o seis segundos de

silencio soltó muy serenamente:

—¿Has terminado? Fue tan anticlimático que me quedé mudo de repente. Mi cerebro no reaccionó.

Con dos palabras, aquel hombre se había transformado en otra persona. Solo acerté a soltar un «sí» lleno de inseguridad.

—Bien —contestó dándose la vuelta y caminando tranquilamente hacia la puerta del patio trasero.

Es increíble cómo un simple detalle puede sorprenderte y marcarte tanto. Los siguientes dos días que pasé en aquella casa no cruzamos ni una palabra. Mataba el tiempo con el móvil esperando que fuera la hora para que mi madre fuera a buscarme, mientras que el señor Burnett estaba en el patio trasero haciendo a saber qué. Me gustaba pensar que estaba descuartizando los cadáveres que tenía amontonados en la pequeña cabaña del jardín. Mas allá de eso, había algo en aquel hombre que me intrigaba; no me quitaba de la cabeza aquella contestación y su cambio de actitud. Llevó al pie de la letra lo de hacer como si no existiera, pero por alguna extraña razón me pareció alguien interesante y no una causa perdida.

—¿Qué tal hoy con el señor Burnett? —me preguntó mi madre mientras cenábamos.

—Bien, supongo.

—¿Supongo? Sí, bueno, digamos que no es muy hablador. Eso me ayuda a estar en el nivel cuatrocientos del Candy Crush, cosa que agradezco.

—Deberías hacer por comunicarte con él, seguro que hay algo que os una. Nunca se sabe, podría sorprenderte la cantidad de relaciones puras que arruinan los prejuicios.

—No intentes arreglar el marrón que me has endosado, mamá. Ya te conté qué fue lo primero que me dijo ayer, pero lo puse en su sitio.

—O eso crees tú. A lo mejor te está poniendo a prueba.

—¿A prueba? No tiene pinta de psicoanalista, la verdad.

—Tú inténtalo por lo menos. Te será enriquecedor sea bueno o malo. No pierdes nada. Además, es un coñazo tenerte en casa por las tardes. ¿Por qué crees que he hecho todo lo posible para desprenderme de ti?

—Ja, ja. Eres muy graciosa, doy gracias todos los días por no haber

heredado tu sentido del humor.

—No te hará gracia, pero voy a botella de vino por día. Así que, muchas gracias, señor Burnett —dijo sonriente mientras levantaba la copa.

Escupí la lasaña de la carcajada. Tenía razón; ella era la más graciosa de casa por mucho.

Parte III

Si no me hacía gracia estar allí por las tardes, os podéis imaginar un sábado por la mañana. Aquel día empezó como otro más en aquella vieja casa. Entré por la puerta, me quedé en la entrada y el viejo se encaminó al patio trasero. Parecía que más de mi joven vida se iba a ir por el retrete, pero no fue así. Estaba viendo el resumen de los partidos de la noche anterior, cuando algo en mi estómago dio la señal a mi cerebro para evacuar de manera inmediata.

«¿Por qué coño habré desayunado esos putos cereales con fibra?». Ya me había pasado otras veces, la mezcla de la fibra con la medicación para la correcta circulación de la sangre a las piernas me hacía cagarme. Un desecho humano saliendo de la adolescencia, básicamente.

Sin pensarlo me dirigí al baño, cuya situación, dado mi nula comunicación con el anfitrión de la casa, tuve que deducir. Por suerte, acerté. Era grande, perfecto para la yincana que me suponía tal maniobra. Cuando salí descubrí que había pasado por alto una habitación a mi derecha. La curiosidad me hizo asomar la cabeza y la sorpresa me hizo entrar. Aquel cuarto estaba lleno de libros; las dos estanterías de enfrente ocupaban la pared entera y todo estaba perfectamente ordenado. Otras dos paredes estaban tapadas por más estanterías con libros y un sinfín de películas en VHS y DVD. Me acerqué y divisé grandes clásicos, ensayos, poemarios, todo tipo de géneros literarios. Parecía que no estaba en aquella casa, era como si hubiera atravesado un armario hacía Narnia o algo parecido. Quien diría que el viejo ermitaño tendría todo eso, era del todo increíble. Salí por un momento de mi shock y agarré el primer ejemplar que vi..

—«Mala gente que camina y va apestando la tierra» —sonó la voz seca a mi espalda.

El susto me hizo soltar el libro y vociferar un alarido. El señor Burnett estaba en el umbral, plantado como una estatua. Era un hombre alto y fuerte, pero en ese momento lo parecía aún más, algo así como el dios Odín. Tragué saliva y dije lo primero que me vino.

—Lo siento... No era mi intención. Este sitio es increíble. —Solo me salía

un balbuceo avergonzado.

Se me acercó con paso lento. No sabía qué esperar y tampoco reaccionaba. Llegó hasta mí, se agachó y recogió el libro del suelo.

—¿Conoces a Antonio Machado? —me preguntó mientras dirigía la mirada al libro.

—Bueno, sé que fue un poeta español. Pero nunca he leído nada de él. Pero también debo decir que me siento un poco identificado con la frase que acaba de citar. Me refiero a lo de apestar; quizá debería echar algo de ambientador en el baño.

Me reí yo solo, obviamente. Intenté volver a encauzar el clima de tensión.

—No tenía ni idea de que le gustara la lectura.

—¿Y eso por qué? —preguntó mientras colocaba el libro en su sitio—. Es quizá la tercera palabra que cruzamos. Ni siquiera te has dirigido a mí en dos días.

—Es cierto, y también es cierto que fue un gilipollas conmigo. Sin ofender, claro.

—No me gustan los jóvenes, por lo general están todo el maldito día enganchados a sus teléfonos sin aportar nada a la sociedad. Son como parásitos.

—Entiendo que verme en esta silla de ruedas, mi edad y mi carácter le haya tirado para atrás. Pero, prejuzga muy rápido. Yo no soy así.

—¿Ah no? No te has separado de ese cacharro en dos días.

—Tampoco le he molestado. Da igual, podemos estar así todo el día. —Me quedé mirando otra vez a la infinidad de libros de aquella habitación.

—Volviendo a los libros —continué— y aunque no me crea una palabra, me gusta mucho la lectura. Herencia de mis padres, supongo.

—¿En serio? Sabes quién es Antonio Machado de oídas y ya te crees un amante de la lectura.

—Crea lo que le salga de las narices, solo le diré que algunos de los libros que veo aquí ya los he leído. Y algunos dos veces.

Me sentí extrañamente ofendido. Me importó que aquel hombre dudara de

mí. Y en aquella época, por lo general, todo me importaba una mierda.

—¡Ese por ejemplo! —exclamé señalando uno de los más cercanos.

—¿De verdad? ¿Dostoievski? —preguntó riéndose—. Dudo, no solo que hayas leído Crimen y castigo, sino que también dudo que...

—La naturaleza puede ser corregida, enmendada, pues de no ser así quedaríamos sepultados bajo los prejuicios. Sin eso no habría ni un solo gran hombre —le interrumpí.

Parecía que había visto un fantasma; su expresión era una mezcla de sorpresa e indignación. Me miró fijamente a los ojos, como intentando descubrir una trampa o truco de magia. Fue un bofetón sin mano que me hinchó el pecho como un palomo.

—Los golpes de suerte existen y puede que tengas buena memoria. Eso solo...

—La mente es su propio lugar y, en sí misma, puede hacer un cielo de infierno, o un infierno de cielo. El paraíso perdido, John Milton. —¡Boom! En su cara—. Si quiere, elijo otro; me parece buen plan para un sábado por la mañana.

Se marchó repentinamente de la habitación, bastante ligero para alguien de ochenta y tantos años. Pensé que me había pasado de listo y que ese acercamiento se había ido a la mierda. Arrastré mis ruedas hacia la puerta del cuarto cuando, de repente, apareció de nuevo con un plato que parecía contener un pastel y una botella de coca cola.

—¿Tienes hambre? —preguntó con lo que parecía una afirmación.

—Depende; si eso es pastel mi respuesta es sí.

—Lo es. Me lo trae una colaboradora del salón parroquial una vez a la semana. Me parece que su objetivo es intentar que, tras setenta y ocho años de vida, encuentre al Señor o alguna otra estupidez. Aun así, se lo agradezco, es lo mejor que he probado en años.

—¿Setenta y ocho?

—Sí, ¿por?

—No, nada, da igual. Gracias por compartirlo. El pastel me refiero. Aunque

es curioso lo de esa mujer; chantaje religioso por repostería, tiene gracia.

—Sí. Por cierto,— si quieres coger algún libro o alguna película puedes hacerlo.

—Gracias, echaré un vistazo.

Me dejó el pastel, la bebida y salió camino del patio trasero para seguir con sus cosas. En ese preciso instante me vinieron a la mente las palabras de mi madre en la cena del día anterior. Jamás habría pensado que me uniría algún vínculo, por ínfimo que fuera, con el señor Burnett; y mucho menos que se atisbara un poco de amabilidad en él.

Ese día la despedida fue cálida. Un «que tengas un buen día», respondido con un «usted también» acompañado de la incredulidad de mi madre camino del coche.

No dijo nada hasta casa, solo se le adivinaba una ligera sonrisa de «te lo dije». No me llevé nada ese día, creí que no teníamos la suficiente confianza todavía como hacer algo así.

Lo que quedaba del fin de semana, no dejé de pensar en que las cosas no son lo que parecen, que no se puede correr tanto con nada, y menos con las personas.

Me podéis llamar loco o hipócrita, pero gran parte de mí quería que llegara el lunes para volver a aquella habitación y explorarla. Busqué información sobre cosas que vi allí, lo que se había quedado apuntado en mi disco duro.

Extrañamente, de repente, me importaba lo que pensara de mí aquel hombre.

Parte IV

Llegó el lunes y, con él, las cuatro semanas más intensas de mi vida. Descubrí un amigo, alguien no solo con quien podía discutir o aprender de las cosas que me parecían mas interesantes de la vida, sino también a quien enseñar algo de mi mundo. Cuando me fui aquel lunes, me llamó por mi nombre desde el porche mientras me dirigía al coche de mi madre.

—Si quieres, el miércoles puedes venir más temprano —dijo—. No voy a ir a ninguna parte. Así tendré más tiempo para explicarte por qué el cine clásico es mucho mejor que la bazofia que veis ahora.

—Vale, hecho. Pero, señor Burnett, siento decirle que eso es una

gilipollez.

Emitió un leve sonido seguido de, lo que creí que fue una muy ligera sonrisa.

Literatura, música, deporte, filosofía y hasta alta política. Aquel hombre era un erudito, alguien con quien daba gusto discutir aunque no estuvieras de acuerdo y fuera terco como una mula. Creo que aprendí más en esas cuatro semanas que en toda mi vida.

Mientras me preguntaba de dónde había sacado toda esa sabiduría. Le pedí a mi madre poder ir todos los días. Le tenía vaciada la cabeza contándole lo que estaba aprendiendo con el señor Burnett; cómo eran nuestras fuertes discusiones sobre cualquier tema. Estaba contenta por mí y yo le agradecía, aunque no se lo dijera, que hubiera insistido.

Como digo, aprendí mucho, pero también fui maestro de algún modo. Me gané su confianza y, a pesar de su terquedad, alucinaba con cosas que le enseñaba y le insistía en ver, revisar o leer. De hecho, convencí a mi madre para regalarle la segunda tele de mi casa, que estaba nueva comparada con la suya, que parecía haberla comprado cuando regresó de la guerra. Él me hacía leer a Joseph Conrad y yo le insistía con Don Winslow y su novela negra. Me quitaba mis reticencias, convirtiéndolas en asombro positivo, visionando el cine de John Ford mientras yo me daba golpes en el pecho haciéndole alucinar con Matrix. Discutíamos, con insultos de por medio, por cuál era el mejor quaterback de la liga o por qué consideraba a Oscar Robertson y no a Michael Jordan como el mejor de la historia.

Todo esto terminaba diariamente con alguna puntilla de despedida, encomendándonos al siguiente asalto el día siguiente.

—Antes de irte. Anoche vi la película de ese Tarantino que me dijiste.

—Malditos bastardos.

—Sí esa. No entiendo por qué tanta sangre y tanta reinención de la historia. Me parece absurdo.

—Señor Burnett, le recuerdo que es ficción. Mientras se fija en eso se está perdiendo los mejores diálogos del cine actual.

—¡Menuda tontería! Sidney Lumet escribía mejores diálogos hasta con dos botellas de Jack Daniels encima. ¿El de Tarde de perros? Probablemente se los escribirían; y aun así son una mierda.

—¡Un respeto! Ese hombre está muerto.

—Pues que no hubiera bebido tanto Jack Daniels.

Y eso, o algo similar, día tras día mientras nos retroalimentábamos, sin darnos cuenta de que habíamos encontrado alguien que podía aguantar al otro personalidad sin sentirse asqueado o cansado. El vínculo fue creciendo con el paso de los días y las semanas. Más que un arisco abuelo y su joven e insoportable nieto parecíamos unos colegas frikis. Hasta en el pueblo empezaron a cuchichear sobre el asunto. Algo que nos hacía mucha gracia mientras descuartizábamos a las viejas entrometidas.

Parte V

Pero ni siquiera algo tan real y sincero como aquello era por completo de color de rosa. Había algo que no se tocaba y, cuando intenté hacerlo, se convirtió en motivo de discordia. La curiosidad dura mientras haya algo que descubrir y la mía me hizo preguntar al señor Burnett por su hijo. Al parecer la cagué bien. Por un momento volvió el viejo despótico de antaño.

—¡Eso no es asunto tuyo! —contestó de con violencia—. Y no vuelvas a preguntarme por eso nunca más. ¿Me has entendido?

—Lo siento, solo era curiosidad. No quería...

—¿Te he preguntado yo cómo acabaste en esa ridícula silla? —me interrumpió.

—Creo que se está pasando. Le repito que no quería molestarle.

—Mi hijo murió. Punto final, no eres nadie para ni siquiera nombrarlo. No creas que por pasar tiempo en esta casa tienes el derecho de inmiscuirte en mi vida.

—Pero ¿qué coño dice? Se le ha ido la puta olla. No voy a disculparme más con usted. ¡Ahí se queda, joder!

Hice mover mis ruedas y me dirigí al porche muy cabreado. Pero una vez salí del cuarto me paré, di la vuelta y le dije mientras el seguía ahí de pie:

—Y para su jodida información, acabé en esta silla de ruedas porque algún paleta como usted decidió salir a cazar el mismo día que iba con mi padre a buscar un estúpido árbol de Navidad. Murió antes de que otra bala atravesara mi espalda.

Su semblante pasó de la ira al horror en un segundo. Vi la cara de mi padre en ese instante. Fue tan parecida que por un momento me recorrió un escalofrío.

—Ni siquiera sé por qué le cuento esto, si le importará una mierda —seguí diciendo—. Pero por lo menos yo tengo los huevos de decirlo sin tapujos y seguir adelante con mi vida, sin anclarme en el pasado y convertirme en un amargado como usted.

Él seguía con los ojos abiertos de asombro cuando me di la vuelta, me fui a la entrada y llamé a mi madre para que fuera a buscarme.

Mientras esperaba en el porche no dio señales de vida. A mi me duró la indignación hasta horas después, cuando me di cuenta de que lo que me pasaba era que me importaba. Que me dolía de verdad aquella desmesurada reacción.

Al día siguiente informé a mi madre de que no volvería y que me sacara de ese estúpido programa. Ella, como buena diplomática, intentó convencerme para que llamara o fuera a hablar con el señor Burnett, pero en aquella época lo único mayor que mi orgullo era mi ignorancia y estupidez; y me negué.

Parte VI

Pasaron unos cinco días y, aunque no lo reflejara, aquella situación me dolía.

Como digo, mi orgullo tapaba la añoranza por aquellas tardes hablando, leyendo o argumentando con aquel viejo erudito sobre las cosas que me apasionaban.

Llegué aquella tarde del instituto con la incertidumbre por abrir las cartas de las universidades que habían llegado. Era la primera toma de contacto para decidir qué iba hacer con mi vida. Entré en la cocina disimulando mi excitación y mi madre me esperaba con tres cartas en la mano.

—No es por presionar, pero espero que le prestes más atención a la de Brown que a la de Stanford. Recuerda que el bien siempre triunfa frente al mal —dijo con media sonrisa.

—La verdad es que eso no es del todo cierto, mamá; el mal tiene la estantería de trofeos llena. Así que les haré a todo el mismo caso.

Me acerqué y me las dio antes de interrumpir:

—Por cierto, se me olvidaba. Antes de abrir eso te gustará saber que el señor Burnett ha llamado. Me ha pedido que te pregunte si puedes pasar

esta tarde por su casa. Lo noté muy serio, la verdad. ¿Irás?

—Vaya, parece que alguien quiere disculparse. Sí, si puedes llevarme luego iré.

Mientras me dirigía a su casa, tenía una absurda sensación de victoria. Se había bajado los pantalones y admitiría que fue un gilipollas. Me haría el duro, aceptaría sus disculpas y, seguidamente, intentaría adoctrinarlo para que apoyara a los Packers en el playoff, ya que sus Chiefs estaban eliminados. Toda la película estaba en mi cabeza hasta que llegué allí. Cuando me abrió la puerta, me sorprendió el mismo semblante de cinco días atrás. Me saludó sospechosamente solemne. Cuando intenté intercambiar las primeras palabras para romper el hielo me cortó apesadumbrado:

—Por favor, antes que nada, me gustaría que me acompañaras. Quiero enseñarte algo.

—Claro, sin problema.

Le seguí hasta la puerta del patio trasero y, mientras me ayudaba a bajar el escalón con la silla, noté que seguía cabizbajo y compungido. Me sentí mal y pensé que, quizá, había sido muy duro aquel día. Al fin y al cabo, no dejaba de ser un anciano que vivía en soledad y que encima tenía que aguantar a un joven insolente como yo. Llegamos a la parte trasera de la pequeña cabaña. Era la primera vez que estaba en esa parte de la casa y me llamó la atención la tensa calma que se respiraba allí.

—Es ahí —dijo señalando una cruz de madera con un precioso tallado—. Es mi hijo.

—Señor Burnett, no hace falta que haga esto, de verdad. Lo he pensado y fui un idiota.

Mientras le hablaba, él estaba totalmente abstraído, sin dejar de mirar a la tumba con ojos vidriosos y expresión de desesperanza.

—En serio —continué— no tiene necesidad de esto; no imagino lo duro que debe ser para usted que su hijo...

—Él mató a tu padre.

Se me heló el corazón y quedé petrificado en la silla.

—¿Qué está diciendo? —acerté a decir lento e incrédulo.

Comenzó a llorar sin quitar los ojos de la tumba.

—Mi hijo mató a tu padre y te hizo eso a ti —dijo entre sollozos—. Lo siento.

Me comenzó a faltar el aire, cada suspiro que conseguía aspirar era como puñales clavándose en mis pulmones. No puedo definir qué sensación estaba experimentando. Solo era capaz de seguir escuchándole sin poder decir una palabra.

—Tenía problemas mentales —continuó—. Le empezaron un tiempo después de morir su madre. Creaba muchos problemas y tuve que recluirle aquí conmigo. Era un buen chico, lo juro. Pero su problema solo le dejaba serlo cuando estaba medicado. Un día se escapó de madrugada. Cuando me di cuenta, vi que había cogido mi rifle de la cabaña. Salí a buscarlo y, cuando regresé estaba sentado aquí mismo, apuntándose a la cabeza con el rifle y repitiendo una y otra vez que había disparado a un padre y a su hijo. Pensé que mentía e intenté tranquilizarlo, pero no podía. Me abalancé encima para desarmarlo. Forcejamos y el disparo se oyó hueco en su pecho. No pude hacer nada.

Miró hacia mí lentamente. Me miró a los ojos y las primeras lagrimas que derramé me ayudaron a ser consciente de lo que estaba pasando.

—Jamás supe si lo que decía era verdad o solo era otra locura más —dijo—. Cuando me contaste lo que te pasó, enseguida me di cuenta. —Hizo una pausa pronunciada—. No sabes cuánto lo siento, en estos últimos dos meses has sido lo más parecido a mi hijo que he tenido. He pensado cómo podría decírtelo y asumiré las consecuencias que tenga. —Rompió a llorar—. Harry, siento mucho que mi hijo os hiciera eso. Si pudiera cambiarme por vosotros lo haría sin pensarlo. De verdad, chico.

Sería un mentiroso si dijera que ese no fue el día más duro de mi vida. Incluso más que cuando pasó el incidente. Solo me salió llorar y apretar los dientes, una vez se me aclaró la cabeza. No le quitaba los ojos de encima a aquel hombre que sollozaba como un niño ante su primer pinchazo.

—Me voy a mi casa, saldré por el jardín.

Eso fue lo único que le respondí. Mis manos movían la silla, pero era un zombi con la mirada perdida en la nada. Tardé como una hora y media en llegar a mi casa. Toqué en la puerta disimulando, no sé ni como, tranquilidad.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has venido? —me preguntó mi madre.

—Solo, quería dar un paseo para pensar.

—Espero que sea por las universidades. ¿Qué tal con el señor Burnett? El corazón me dio un vuelco y salí de mi estado semicatatónico.

—Bien, aunque no creo que vaya más. Hasta aquí hemos llegado, supongo.

—Pues qué pena. Creo que ese hombre es el mejor amigo que has tenido. Se veía la conexión solo con oídos hablar.

—Sí —me limité a responder—. Me voy a mi cuarto.

Parte VII

Pasaron tres años y, como buen hijo insolente, estaba empezando el segundo curso en Stanford, en la lejana California. Justo como no quería mi madre. Me iba bien, por lo general hacía buen tiempo y me adapté rápido a la vida universitaria.

Os preguntareis qué pasó con lo que descubrí en aquella casa aquel día. Bueno, pues no pasaba ni un día en que no pensara en eso. Nunca volví a ver al señor Burnett y me guardé el secreto para siempre. No sé si fue egoísta, pero no quería que mi madre volviera a sufrir reviviendo aquello. Así que lo enterré dentro de mí y seguí con mi vida. Hasta que un día recibí una llamada de Arrow Creek:

—Buenos días, ¿Hieronymous Maynard?

—Harry, por favor.

—Claro, verá, le llamamos del hospital Clark. Su madre nos ha facilitado el número.

—Ya, eso me lo creo.

—Tenemos un paciente que pregunta por usted. Está en paliativos y nos ha pedido que preguntemos si puede pasarse a hablar con él. Teniendo en cuenta su situación, sería bueno que aceptara, si así lo considera.

Puede que no los lo creáis, pero en ese momento me invadió la tranquilidad. Todo lo contrario de lo había imaginado si eso llegase a pasar. Si volviera a encontrarme con él de alguna manera.

—Estoy en California —respondí—. Podría, pero no sería inmediato. ¿De cuanto tiempo dispongo, si se puede saber?

—La verdad es que sería conveniente que no tardara.

—De acuerdo, esta tarde saldré para allá.

Mi madre y su nuevo novio, Aaron, un profesor que llegó a Arrow Creek un año atrás, me acompañaron. Ella subió conmigo hasta la segunda planta y me dejó en la puerta. No estaba nervioso, aunque no sabía qué sentimiento me abordaría al verlo. Crucé la puerta y esa incertidumbre se aclaró. Ahí estaba, postrado en una cama, con la misma cara de mala leche de siempre. No sentí rencor, todo lo contrario, me alegré de ver a mi viejo amigo. A la persona que, quizá, mejor me había entendido en la vida. Obviamente, su estado no era el mejor, pero al verme se le iluminó la cara; a su manera, claro. Según la doctora, no le quedaba mucho.

De hecho, me comentó que había tenido suerte de llegar a tiempo.

—Has tardado mucho —dijo entre respiraciones forzadas—. Les dije que te avisaran hace dos días.

—Siempre tan agradable. Las enfermeras han debido creer que estaban en Disneylandia el tiempo que has estado aquí.

Intentó girar la cabeza para mirarme, pero con un golpe de silla me coloqué enfrente para que no se molestara.

—No sabía si ibas a aceptar verme. Han pasado tres años y la verdad no te hubiera culpado si no hubieras aparecido.

—Bueno, no iba a perderme la fiesta. Quiero ver cómo los ángeles te llevan al cielo.

—Ja. Si existiera Dios, lo último que haría el cabrón sería dejarme entrar a mí al cielo.

—En eso estoy muy de acuerdo. Quizá Alá o algún dios hindú. Dicen que la que tiene forma de elefante acepta a viejos como tú para que le froten la espalda.

Se le dibujó una sonrisa que nunca había visto en él.

—Te he llamado para volver a pedirte perdón. No podía irme sin decirte que soy el culpable de...

—No, no, no. Soy yo el que tiene que decir algo al respecto. —Me acerqué un poco más—. He tenido tiempo de pensar en todo y, aunque no he tenido el valor de ponerme frente a ti y contestarte, quiero que sepas que no te culpo de nada. Ni siquiera culpo a tu hijo. Nunca he creído que las cosas pasan por algo, pero sí es cierto que pasan. Eso es inevitable. —Abrí

la botella de agua que tenía en la mano y le di un sorbo antes de continuar—. Quiero darte las gracias por decírmelo y poder seguir adelante. Al principio no lo entendía, pero por fin vi qué lo hiciste porque te importaba. Sentí mucha rabia en ese momento, no lo niego. Pero a pesar de que ninguno de nosotros tiene el mejor carácter, podemos contradecir a Machado y decir que no somos gente mala que va apestando la tierra. Sino solo unos incomprendidos bichos raros.

—Supongo que sí. Gracias por haber venido. Vete, no quiero que pierdas más el tiempo con un viejo moribundo.

—¡Qué? Lo siento, pero me vas a tener que aguantar hasta que dejes de respirar. Y para que la espera nos sea lo más amena posible he traído unas cuantas cosas.

Saqué de debajo de la silla un bolso y deposité cinco libros en la cama.

—Será mejor que te pongas cómodo, voy a enseñarte lo que es literatura de verdad, viejo testarudo de los cojones.

Fin